La zona

Manuel Tejedor Rábano

La zona

Manuel Tejedor Rábano

avant
editorial

Primera edición, junio de 2024
© Manuel Tejedor Rábano, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-10236-67-7
IBIC: DCF
DEPÓSITO LEGAL M-14991-2024

Dedicado al poeta Mariano Gomila,
comentarista de mis libros.
Por su sabiduría, su lucidez, su elegancia,
su buen hacer, su comprensión y su sensibilidad.

Parte I:
Las cuatro paredes

Las cuatro paredes

Procedo de la memoria que existió,
recuerdos olvidadizos de lo eterno,
retorno cual retazo azul celeste
de lo inconmensurable de la oscuridad.

Éramos uno y por eso te amo, aun así,
partidos en nuestra alma de fe errante.
Peregrino de la Vía Láctea soy desde
el anhelo del que busca lo perdido por encontrado,
lo encontrado por perdido.

Donde era luz
y en tal luz que me aposento
no soy ni veo,
sino la oscuridad visible.

El camino me hace ahora peregrino de lo añorado,
mas yo antes, con pasos de fe ciega, hice el camino
cuando me hallaba encontrado a mí mismo entre tantos
y tantos éramos el único amor que caminaba perdido.

Retorno eternamente a tantos pasos olvidadizos,
rompiéndome la cabeza por no encontrar el camino,
que soy yo extraviado entre la yerba alta de mis yoes,
palpo tu carne, palpo tu espíritu.

Y acaricio tu amor antes de que se me escape entre los dedos,
ya que ahora la luz es un fluido huidizo y resbaladizo
y me vuelvo loco de soledad
y, para no despertar de los sueños, me torno poeta
que cree en los sentimientos de un mundo sin luz.

Procedo de la memoria de la palabra que antes habló
y escucho, en silencio, el silencio hablante de Dios
cuando el pan de antes era mi carne
y el hambre de ahora es la carne de Dios.

Por qué me quejo, si elegí este pan ácimo, este vino amargo,
si el ser humano no es más que belleza y dolor,
asidos por un corazón que late con palpitaciones engendradas
en el vientre cósmico que por amor engendró a Dios.

Tengo amnesia de la memoria de Dios.
Soy insomne al sueño eterno,
no recuerdo tanto amor, solo soñar con él.
Soy la parte de Dios que tiene su espíritu vacío.

Un cuerpo muerto de hambre
que vomita la comida del espíritu,
un alma errante que divaga
por todos los posibles mundos perdidos.

Partido en mil pedazos, me haces amarlos
cual si fueran trozos diferentes de otra carne, otro espíritu,
aunque yo trate de apartar el cáliz que recoge su vertida sangre.
Tú haces que mis labios ardientes su frescor demande,
para que así me sacie, así ame.

Cual si por crear a alguien de mí con rostro diferente
no fuese capaz de amarle ni de reconocerle.
Tú haces que a mí mismo me vea
en mis millones de rostros desgajados.

Y me das el amor para llenar tanto vacío,
mas yo no consigo acaparar tanto amor ni retenerlo
como para llenar el receptáculo sin límites
en que mi alma vivida se encuentra.

Solo las paredes de amor, construidas con ladrillos de amor,
conseguirán hacer que el amor viva
entre mis cuatro paredes,
una morada sin suelo ni techo.

Allí las paredes se dilatarán hasta el infinito
cuando más ame el corazón que las habita
y en cada palpitación más cantidad de amor
se bombee.

Procedo de la memoria que existió
de los recuerdos olvidadizos de lo eterno.
Quizás algún día recuerde que todo procede
del infinito amor y que el amor eres tú.

Y que todo lo que existe en mi mente,
mundo, vida, sueños, no es más que los artificios de la mente
de un Dios que, sin saberlo, amo
y, sin yo saberlo, me ama.

Un niño un mes, un hombre un año

Un niño un mes, un hombre un año,
el barco almacenando y llevándoselos.
Sobre el puente de mando, entre brumas,
un capitán que no es más que la muerte,
uniformado y con mando.

No me he disfrazado vivo,
no me disfracéis muerto.
Soy independiente, quiero serlo en todo,
soy libre, pretendo serlo en todo,
menos en los afectos que tanto me afectan.

Siendo tierno, sensible,
me falta ser libre e independiente.
No caigamos en la anónima esperanza
de esperar sus belfos,
plátanos fritos o nabos calientes.

Después de años de chivero,
tengo más rotos que los papeles y las palmeras,
pero por chivero me doy cuenta de que llueve,
por donde llueve,
con barro hasta las cejas.

Soy más piojos que carne,
mal pensado, porque eres mal hablada.
De tu contorneo soy la presa entre tus piernas,
el viento llena de vestido la carne sin tela,
ondula tu falda entre tus piernas.

Es noche, la luna que se asoma
al borde de tu falda, precipicio de caricias.
Adentro, donde está el misterio, el sol dormita.
Bestia ensombrecida que en la oscuridad acecha
al borde de tu falda, un burdel de lascivia.

Persiguiéndola por las penumbras de sus faldas
nocturnas, aun en los amaneceres,
cuando, asida, creía poseerla.
Unas alas ficticias de mí la protegían,
salvándola de mi amor y de unos besos soñados.

¡Qué cielo se va a ganar
mientras el Señor le eche la bendición,
mi enchichaico!
Chillaba en el callejón sin ley, luz ni fondo,
la pureza de una madre a su hijo de vicio.

No se puede repetir nada en el amor,
solo la sublimación.
No se puede repetir la muerte que tanto nos gusta,
como la más cruel carece de memoria.
Nostalgia del futuro, vamos con utopía
a encontrarnos con la realidad.

Llegamos a ser al final, tras penosos esfuerzos,
perfecta imitación de la vida.
Inadvertidamente, pasa por ser el original
de los muñecos que nos representan, apartan y olvidan.

Líquido infernal, sangre de los diablos
se vertió sobre los mares benditos de las tierras.
Un rostro sin cara del barro se reía,
pero su cara de barro se deshizo.
La dama del alba que vino de las brumas.

Hay riesgos y riesgos,
desde que se les manche la pluma en el bolsillo
del interior de la chaqueta
a otros riesgos de sangre
en el bolsillo del corazón sin forro.

Su botín va siempre abierto
sobre el pecho.
La más bella poesía es un sueño irrecuperable
de algo inexistente,
tan real como un latido del corazón.

Un niño un mes, un hombre un año
tienen la sensibilidad del poeta asesinado,
pero el barco parte del puerto sin singladuras,
amarrados con manos de soga.
Mujer con niño lloran ante la garganta gris rojiza
del cielo azul marino que los devora.

Lo malo de las patrias

¿Quién atreverse a romper su alma puede
con truenos amados, hallando rayos luminosos?
Cautivos por la tierra, suspiramos los cielos,
cuando infinito y eterno es el que mora en los cuerpos.

La Naturaleza nos puso errores y pecados disponibles,
dolores ajenos para apropiarnos de ellos y que sean nuestros.
Que amasásemos lo que no entendemos para dolernos
y, así, como sabios desvelásemos nuestra tupida red de almas.

La luz negra cuaja en el diamante bruto sin fondo,
con mil dolores y mil amores vamos tallándole
mil caras de verdad sin rostro hasta que brote,
tierna, la luz azul que humanamente nos mire.

Las cavernas y montañas de los sentidos
vamos puliendo hasta allanar el alma,
por donde los pies descalzos de nuestro espíritu
caminen como anda la luz del amor desnudo.

Convertirnos en luz para ser el resplandor
cegador de los sepulcros que entierran al hombre,
ver el alma transparente que brota del corazón de la tierra.
No hay lugar para el desdén en los amores luminosos.

Lo malo de las patrias es que no cabemos todos.

Entropía

El corazón eterno de la hoguera de ceniza,
fuego infernal que a los desalmados hace bellos,
genera el cabalgar hacia el uniforme caos.
La mezquindad apabulla con su terror la belleza.

Maldita seas, carne de mi carne cenicienta,
ni yo seré la ternura del verso que hiere el alma
ni tú serás la ilusión, alumbrando eternos infiernos.
Seremos tú y yo una misma cosa: ceniza de eternidad.

Nos extinguiremos mutuamente: tú, en el placer del odio;
yo, empequeñeciendo mi abismal amor pasajero.
Lo perderé sin siquiera haber dado el niño los primeros pasos
de sus senderos infinitos donde puede perderse y reencontrarse.

Tiendo hacia el polvo, mis neuronas hacia el caos.
Una hoguera sin edad quema sentimientos e ideas,
desmoronando las palabras, amortiguándolas el eco,
trabando el verbo en un laberinto de ruidos

donde los pensamientos placenteros carezcan del silencio.

Los cuerpos derruidos caminarán por caminos desolados.
Ya se pudren los pechos turgentes de los amantes
que a la luz nocturna de lo que fueron lunas florecían.
Me muerde ya la serpiente en tres pasos la garganta profunda

para acallarme.

La lluvia que cae del cielo vuelve mi carne en lodo.
Ahora, los perversos empezarán a ser seres bellos,
su carisma dulcificará la retorcida expresión de su rostro,
sus amargos crímenes serán olvidados por las víctimas.

Los músculos, huesos y nervios que soportaban la belleza del tiempo
caerán aplastados y vencidos por la podredumbre de la prepotencia.
Entropía, el único verso del universo: ruido de fondo universal,
ni yo seré la ternura impaciente del verso que posee alma.

Huérfano de un dios

Hijo soy del vientre donde el cielo preñó la tierra,
causa triste soy, espanto de horizontes.
Madre tierra, desolada, me parió triste y abandonada,
vientos del semen de Dios esparcieron y engendraron.

Sal de tierra mamaron mis labios de túrgidos pechos,
amor al resplandor de su sonrisa amaron mis ojos, herida y tierna
y el Dios abandonó a la virgen para que en dolor pariera dolor.
Retazos de cielo con pena soy, zona de tierra de clemencia también.

¡Oh, madre, allí en tus brazos desamparados
me amparaste sollozando!
¡Por ti, soy hijo de la tierra y el dolor,
por Dios, huérfano de los cielos y del esplendor!

Mi paraíso perdido y lejano es tu regazo,
a Dios lo amo solo porque en mi soledad
creció en el desamparo la flor pura
de mi amor por ti.

Las llagas del alma humana también sangran cariño.
Sagrado templo es la tierra donde rezar la oración de amor
… y la llaga de ella fue la llaga de Dios,
aprendió a sufrir con nosotros y por nosotros murió.

Evolución

Éramos un amante animal nómada,
errante entre la belleza
de un planeta nítido y azul.

Pero el hambre hormigueaba,
el hombre tremolaba
en aquellos vientos.

Éramos salvajes que cazaban para un pueblo,
adornando con cráneos fraternales
las entradas de las cuevas donde amábamos.

Éramos ya guerreros de corbatas anudadas,
recolectando de los gusanos su seda,
colgando gargantas de los vencidos en cáñamo.

Después del ocio, meditábamos
cuáles de aquellos hermanos ya
nacieron derrotados por nosotros.

Éramos tan inteligentes que ya no amábamos,
solo conocíamos los entresijos de los cuerpos
para, en vano intento, dominar sus almas.

Habíamos sido hambre, guerra, intolerancia, placer,
información, conocimiento, ética, fraternidad,
clarividencia, deseo, luz de amor, y no éramos historia.

Hemos sido todo y en ello estamos disueltos.
No hay ya más libertad,
desapareció cuando su horizonte
estuvo en nosotros como camino.

Paren los vientres de la tierra
como los vientres de los cielos.
Madres,
el dolor del parto llega a los recién nacidos
por el cordón umbilical.

Existe todo lo real en un triste sueño.
Mi sueño puede contemplar tu sueño
desde el espíritu, que intuye que las cosas
moran allí donde se las ama.

No hay espacio ni tiempo.
Allí, donde el amor es vida,
la materia del mundo late
con corazones de luz
y hálitos de desaliento.

Soy el hijo de la llama que abrasa a la bruja
atada a la pira, arrojo la llama,
portando en la mano la tea funeraria.